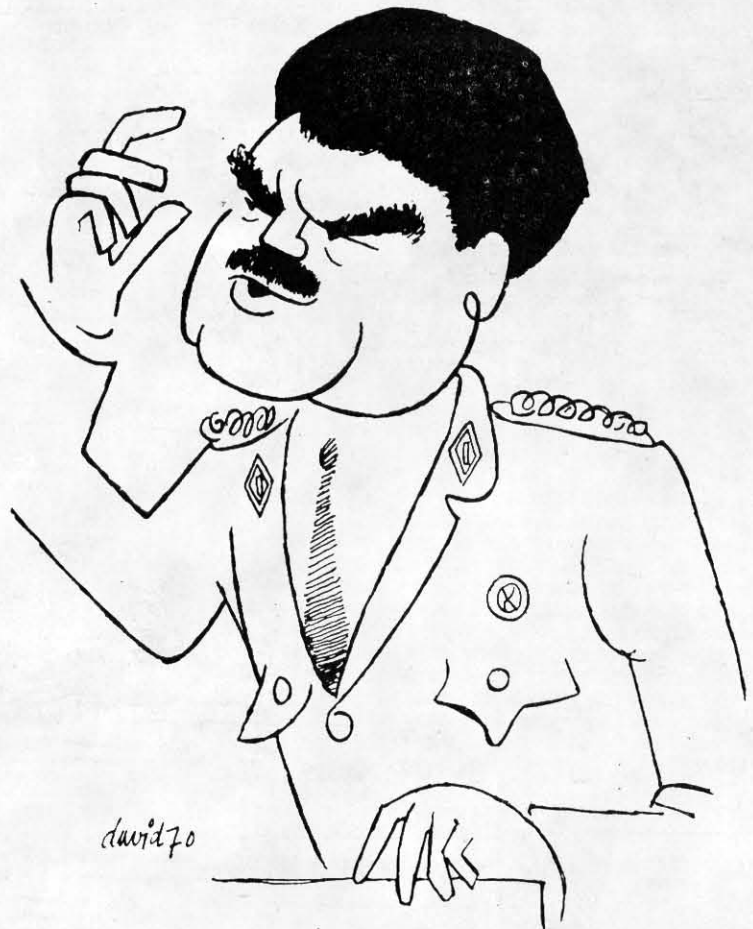


# POR QUE CAYO BOLIVIA EN MANOS DEL FASCISMO

Por RENE ZAVALETA MERCADO

**JUAN JOSE TORRES:** el fascismo derrocó a su gobierno y se apoderó de Bolivia. La experiencia boliviana constituye una lección que se analiza en las siguientes páginas de PF.



**L**A que describe al 7 de octubre (1) como un acto de poder llevado a cabo por la alianza entre la clase obrera y el nacionalismo militar es una fórmula afortunada. Debemos guardarnos empero de los engaños y las simplificaciones de una fórmula afortunada. La misma palabra alianza sugiere un pacto de voluntades, pero aquí se trató en verdad de un acto unilateral de poder por parte de Torres, un acto de poder que, por otros conceptos, tampoco habría sido posible sin el apoyo espontáneo —asimismo unilateral por tanto— de los trabajadores.

Es indudable que el pequeño grupo nacionalista del ejército no habría podido impedir el ascenso de Miranda si no contaba con la expectativa del respaldo obrero. No obstante, si la clase obrera hubiera omitido a los militares nacionalistas, no habría podido tampoco por sí vetar a Miranda. En este sentido, es justo afirmar que una cosa sostenía a la otra, que el ascenso de masas ocurría bajo la permisón militar y que el nacionalismo militar, que era minoritario, tampoco habría significado mucho si no tenía la posibilidad de potenciarse en cualquier momento con la convocatoria a la clase obrera. Los obreros y los militares siguen siendo los sectores estratégicamente superiores, los grupos decisivos en las luchas sociales del país.

Torres fue un azar favorable para la izquierda pero no una construcción sistemática y coherente de la izquierda. En lo personal, él tenía una confusa historia. Su concepción de la política era obligatoriamente empírica y se concretó en dos conceptos constantes que fueron el nacionalismo y el institucionalismo. Es importante, para entenderlo, tener en cuenta sobre todo la religión institucionalista de los oficiales de su tipo. ¿Por qué participa tan resueltamente el 4 de noviembre, en la creación de la Restauración? Porque el 4 de noviembre era, entre otras cosas, el desquite del ejército, la vuelta de los oficiales.

Torres era un seguidor muy próximo de Ovando, desde hacía tiempo, y Ovando era entonces el jefe de los institucionalistas, su estrategia política, el constructor del retorno político del ejército. ¿Por qué se hace después populista? Esto es parte de un hecho social más amplio que es la radicalización de la pequeña burguesía después de la guerrilla de Nanchahuazú y, en esta materia, es importante estudiar el relevante papel que tiene el "estado de ánimo" político de las capas medias con relación al ejército. Los oficiales mismos, de un modo o del otro, aunque sean una burocracia especial, son parte de las capas medias o las capas medias son los estratos a los que ellos pueden referirse con una mayor proximidad. De todas maneras, Torres (siguiendo a Ovando) se hace restaurador, siguiendo los intereses de su institución; pero, cuando la Restauración trae consigo una extensa impopulari-

dad para el ejército, Torres resuelve hacerse populista(2), otra vez en defensa de los intereses de su institución. "**No podíamos subir ni a los colectivos**" afirmará, cuando se trate de justificar ante los oficiales el viraje a la izquierda del ejército, las nacionalizaciones, las concesiones a los trabajadores. Para los fines que eran servidos por Torres, era preciso que los oficiales pudieran subir a los colectivos sin que los rodeara el odio de las gentes porque el fantasma del 9 de abril pesaba lo mismo en el ánimo de los restauradores que en el de los militares populistas, sólo que aquéllos querían destruir a sus enemigos y éstos querían seducirlos.

Se produce esta transformación en los oficiales del tipo de Torres —un tipo de oficial más sensible que el común, en todo caso— como la decisión de una fracción del ejército al servicio de los intereses del ejército. Ellos consideran entonces que están asumiendo el espíritu histórico del ejército, es decir, sus intereses a largo plazo. Si la presencia de la izquierda influye en ello es sólo por inercia; es su peso, la fuerza de su mera existencia lo que hace que los militares más perspicaces se sientan en el apuro de referirse a ella; su fuerza actuaba pero no su actividad. La práctica de la izquierda no se dirigía en ese momento al ejército, no lo solicitaba; por el contrario, la izquierda, en esa coyuntura, no podía impedirse ser antimilitarista. Torres llega, pues, como un desafío a la izquierda, a su capacidad de adaptarse en una situación jamás prevista; Torres es, en suma, el ejército tratando de ganar puntos y prestigio ante la izquierda. En cada medida ha de verse después este carácter de su gobierno.

Esta suerte de gestos es característica: Torres nacionaliza, en nombre del ejército y con la mano del ejército, cuando las nacionalizaciones ya significan poco para la clase obrera, cuando se sabe de sus limitaciones y sus imposibilidades(3). Por su institucionalismo, sólo llegará a repartir algunas armas, muy pocas, pero sólo al final y cuando la situación ya no tendrá remedio.

El margen de libertad y de influencia que

(2) Este término, populismo, es utilizado varias veces a lo largo del presente trabajo. Se le usa no en el sentido de la historia de los partidos rusos sino en el que le dan todos los estudios políticos latinoamericanos. Es una corriente que trata de disolver el concepto concreto de lucha de clases en la inconcreta noción de "pueblo". Así también lo dice Lenin. Por ejemplo, en DOS TACTICAS: "La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democrático burgués de la palabra "pueblo". Exige que con esta palabra no se encubra la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo.

(3) Casi diez años después de la nacionalización de las minas en 1952 y después de haber nacionalizado dos veces el 90 por ciento de la inversión extranjera, la clase obrera boliviana tenía ocasión abundante para saber que ni siquiera la más avanzada de las nacionalizaciones puede reemplazar a la reconstrucción "interna" del sistema. Los rusos llegaron a aceptar inversiones extranjeras pero podían hacerlo sin destruirse porque estaban en la dictadura del proletariado; una semicolonía, en cambio puede nacionalizar toda la inversión extranjera sin por eso alterar su dependencia cualitativa. Por eso, incluso partidarios tan fervorosos de la nacionalización del petróleo como Sergio Almaraz, reclamaban como un hecho previo la "nacionalización de nuestro propio gobierno".

(1) De 1970. Ovando es derribado por un triunvirato constituido por los representantes de las tres armas. En un acto político notable, Torres proclama la resistencia a esa Junta, convoca a los obreros y se hace presidente. El triunvirato llega a durar sólo unas horas porque la clase obrera sale a las calles.

consigue la izquierda en este gobierno es considerable, sobre todo en comparación con la época de la restauración. ¿Por qué se dice, sin embargo, que Torres fue un azar favorable? Porque la izquierda no esperaba un viraje semejante desde dentro del poder militar. Se preparaba para derrocar o por lo menos afrontar al poder militar en su conjunto, desde tácticas diferentes, pero no para que una fracción militar se aproximara a ella.

Pero ocurrió aquí lo que suele suceder en todos los casos en que el poder político se concentra o acumula en un solo "lugar" político. En la práctica de la dominación, la destrucción de las contradicciones externas por un acto de puro poder vertical es quizá la más vieja de las ilusiones. Cuando el MNR acumuló sobre sí todos los mecanismos políticos de Bolivia, hasta convertirse no en un partido sino en la política misma; cuando se apoderó de todos los instrumentos y de casi toda la cantidad humana de la política, quiso realizar ese sueño del poder total, interno e intangible. Las contradicciones, por un momento, desaparecieron afuera; pero sólo para expresarse, de un modo aun más devastador, dentro del organismo que no las dejaba existir fuera de él. Es, pues, una mala política suponer que los problemas desaparecen sólo porque uno les prohíbe que digan su nombre por sí mismos. En el monopolio del poder que el ejército se atribuyó a partir de 1964, pues desde entonces la soberanía radica en el Cuartel General, ocurrió lo mismo que con el MNR. Ovando y Torres estaban expresando a la política que, al haber quedado interrumpida o incompleta en su manifestación normal, exterior, partidista, pasó a expresarse insidiosamente en los partidos en que se dividió el ejército.

Ovando primero y Torres después tomaron de sorpresa a la izquierda, que nunca pudo desarrollar una táctica segura frente a ellos, que se redujo a una táctica desconfiada y cautelosa como única prolongación de su perplejidad política. La evolución del gobierno de Ovando parecía confirmar el acierto de esta táctica del recelo: Ovando, en efecto, comenzó nacionalizando el petróleo y terminó dirigiendo una banda de rackets. Pero las cosas sucedieron de una manera diferente con Torres. Por eso es tan importante analizar en qué se parecían Torres y Ovando y en qué se diferenciaban, en qué se complementaban, en la medida en que dos caras de una misma forma se alejan hasta abominarse.

Ambos son gobiernos semibonapartistas, por lo menos en el sentido de que, fundándose en el poder del ejército y en un remate personal del mando, practican una equidistancia política (la autonomía del aparato estatal no existe en un Estado subdesarrollado) con relación a las clases. Ambos son gobiernos nacionalizadores, institucionalistas y negociadores; pero aquí se interrumpen las coincidencias. Mientras Ovando cree que con la nacionalización del petróleo ha ganado ya un margen absoluto de maniobra que le permite burlar a la clase obrera y volver a un esquema reaccionario, preso de los hilos atroces del barrientismo, Torres es consciente agudamente de que debe convivir con un

efectivo poder obrero, de que sin los obreros se rompe el equilibrio que le permite existir. Ovando suponía que, después de la nacionalización de la Gulf, las matanzas de guerrilleros y los asesinatos quedarían como hechos insignificantes. Quería liquidar físicamente a la fase más peligrosa de la izquierda y a la vez acentuar al máximo el prestigio del ejército. Torres no; sabía de las limitaciones de su poder pero quería un poder limitado, sabía que el precio de un verdadero poder sería la disminución del ejército y el crecimiento de la clase obrera. Este era, empero, un bien que iba más allá que el bien que él deseaba.

Durante Ovando, la clase obrera apenas si estaba saliendo de sus escondites, de los hábitos creados por la persecución. El desafío fundamental que hubo de encarar no fue la clase obrera sino la guerrilla de Teoponte; Torres, en cambio, tuvo que trabajar frente a un hecho cumplido que era el movimiento obrero, que se había reorganizado, que había hecho posible el 7 de octubre, que ahora reclamaba el reconocimiento de su poder. Quizá esta nueva presencia explique por qué el bonapartismo de Ovando tiene un remate reaccionario mientras que el de Torres concluye en una suerte de compromiso por la catástrofe con la izquierda. Ovando nace de un pacto con la inteligencia nacionalista; Torres, de una acción conjunta con la clase obrera. Pero la experiencia de Ovando manchó la imagen del gobierno de Torres. Nunca pudo la izquierda tener con éste, con Torres, un pacto estable, un contrato de poder. Torres no lo buscaba; la izquierda no era capaz de plantearlo. Puesto que salía apenas de la experiencia de Ovando, trataba de obtener de Torres lo que podía, esperando su desertión en cualquier instante; le obligaba a hacer concesiones permanentemente porque temía que siguiera el curso de Ovando pero, por esa vía, su influencia sobre un gobierno curiosamente débil y cazarro a un tiempo se hizo errática y autodestructiva.

El trato con Torres se hacía arduo. En primer término, como se ha dicho, porque Torres no buscaba sino esporádicamente a la izquierda. Quería sorprenderla y también seducirla con un trato amistoso; pero no hay duda de que la temía fundamentalmente. Su plan político es una combinación extraña de veleidades que concluyen en una suerte de confusa honradez final. Hay un momento en que incluso intenta desplazar a la izquierda: es cuando se propone la construcción del torrismo. Era una tentación mecánica que salía de su conformación como régimen. El suyo fue un semibonapartismo anómalo. El torrismo era pensado como una manera política correspondiente a lo que fue el peronismo o el varguismo, es decir, como una convocatoria carismática que dejara atrás la inutilidad de las fórmulas previas, pero, aquí, la forma semibonapartista era anómala porque ocurría después del movimiento de masas y no antes de él; trabajaba con masas previamente organizadas y politizadas. Por consiguiente, en lugar de disolver a las fórmulas previas en una forma nueva envolvente, era un poder basado en un equilibrio flácido de fuerzas anteriores. Por eso se

decía que Torres era el empate entre el ejército y la clase obrera.

Es con tales supuestos que Torres organiza una secretaría política que no intenta contactos orgánicos con la izquierda marxista pero sí la elaboración de la APR(4). Pero esto era, en realidad, una tercera etapa en su recorrido político. Las dos anteriores habían sido: primero, el proyecto de una alianza con el MNR, que llegó a una fase muy avanzada (proyecto con el que cayó Ortiz Mercado), y segundo, el intento de construir un frente con participación de varios grupos pequeños no marxistas, es decir, con toda la izquierda aceptable para la derecha militar. Un proyecto como el otro, como es visible, carecían de viabilidad y también carecía de ella la APR. Hasta qué punto esta organización (la APR) se sentía rival y no aliada de la izquierda lo demuestra el temprano carácter anticomunista que cobró en Santa Cruz. En todo caso, cuando se habla de que la izquierda actuó con inmadurez hacia Torres (lo que es cierto, pero por otros conceptos) no debe pasarse por alto otro hecho aún más categórico: que Torres jamás se propuso un contacto político serio con la izquierda; que, incluso, cuando llegó a conversar realmente con ella, en las postrimerías del régimen, lo hizo cuando todos sus intentos para reducirla y sustituirla habían fracasado terminantemente. (5).

Hasta aquí hemos visto por qué Torres no podía o no quería convertirse en una expresión de la izquierda en el poder. Vamos a ver ahora por qué la izquierda fue, a su turno, incapaz de proponer ella (puesto que Torres no lo hacía) un pacto político coherente, un contrato de acuerdos. Eso resultaba, en primer término, de la división de la izquierda, como lo ha dicho todo el mundo. Nancahuazú, en este sentido, creó a la vez la fuerza de la izquierda, porque rompió el aislamiento de la clase obrera y le permitió una expansión que no tuvo antes, y su debilidad, porque la propia izquierda se dividió en torno a lo de Nancahuazú. Pero era resultado, por el otro lado, del hecho de que la iniciativa política no estaba en manos de la izquierda, sino del nacionalismo militar. En las primeras horas después del 7 de octubre, Torres, por ejemplo, propuso la participación de obreros en el gabinete y se dice que hasta aceptó una mayoría de obreros en él. (6).

- (4) La Alianza Popular Revolucionaria, que debió ser el "partido torrista". El razonamiento era de que, habiendo los partidos de la izquierda fracasado históricamente y aun inmediatamente, debía hacerse un movimiento personalista. Un intento que fracasó ab ovo.
- (5) La excepción está constituida por los contactos de Torres con la Federación de Mineros en las últimas semanas de su gobierno, cuando el ascenso del golpe era ya irrevocable. Entonces, al parecer, Torres autorizó a los dirigentes mineros para hacer importantes gestiones en nombre de su gobierno.
- (6) La oferta de Torres fue efectiva pero fugaz. La COB se reunió y llegó a confeccionar una lista de ternas para los ministerios de un modo tan desordenado e invertido que la consecuencia política habría sido aun más desastrosa que con los ministerios obreros del MNR, no eran proplamente ministerios obreros sino los nombres que preferían los dirigentes presentes de la COB y no se establecía ningún criterio para la cuenta ante los organismos obreros ni había instrumento político alguno que asumiera el papel de dar direc-

Hubo después muchos reproches, por no haberse aceptado este planteamiento; pero la clase obrera tenía la experiencia de los ministerios obreros del tiempo del MNR (7) y sabía que, sin una organización política que diera coherencia a la participación ministerial, los obreros iban a servir a un esquema ajeno en lugar de servirse de él. La verdad es que es más o menos fácil, posible de todos modos, corregir el curso de los hechos o retomar decisiones cuando la iniciativa está en manos de uno; pero, convertir los acontecimientos que vienen desde fuera, como iniciativa de fuerzas políticamente inciertas, en actos políticos de control del poder, requiere de la existencia de un aparato de conducción particularmente consistente. No podía hacerlo la izquierda boliviana que, no sólo estaba dividida y recibiendo una iniciativa ajena, bastante insólita, sino que ni siquiera era el amo del movimiento de masas sino su esclavo, como se verá más adelante en esta exposición. El desarrollo de los acontecimientos bolivianos deja, como otra de sus enseñanzas para la izquierda, que ésta debe tratar de tener siempre la iniciativa; que, una vez que logre un aparato correspondiente al nivel del ascenso de las masas (lo que no ocurrió), debe apoderarse de la iniciativa para no soltarla más. El lanzar la iniciativa, el recuperarla o conservarla es, en realidad, toda la política y es una pérdida de tiempo hablar de poder, de organización o de cualquier cosa si no se tiene la capacidad necesaria para hacerse dueño de la iniciativa histórica. Pero nada es tan difícil como convertir la iniciativa ajena en iniciativa propia, nada tan dificultoso como robar el comienzo de los hechos. Con la iniciativa en manos extrañas, son los hechos los que imponen el error de uno; uno naufraga en los actos ajenos. Y ésta es una conclusión que vale, tanto para la política como para la guerra.

Si la iniciativa estaba en manos de Torres, era lógico que se le exigiera dar pruebas continuas de su buena fe revolucionaria. Pero si la izquierda la hubiera capturado, habría podido dar un margen mucho más amplio a Torres, aún para existir. Un acuerdo acerca de las modalidades de creación de arsenales habría sido, por ejemplo, mucho más importante, en esa coyuntura, que la expulsión del Cuerpo de Paz o que las propias nacionalizaciones, que eran como regocijos con befas a los yanquis y también actos que no afectaban a la decisión del poder político. Ese acuerdo era imposible por varias razones. Torres, como lo demostró hasta el final, no estaba interesado en armar a la izquierda, que era como desarmar al ejército, y prefería, en cambios, actos de sonoridad y atractivo, como la expulsión del Cuerpo de Paz o las nacionalizaciones. La

tivas a dichos ministerios "obreros". Se estaba en eso cuando los propios ministros de Torres requirieron de urgencia a la COB que no presentara las ternas porque el hacerlo, en su concepto, iba a hacer inevitable e inmediato el golpe militar.

- (7) Movimiento Nacionalista Revolucionario, el principal partido populista del país, que gobernó de 1952 a 1964. Durante los cuatro primeros años, con ministros obreros y con los trabajadores en la administración de las minas nacionalizadas como "controles obreros" con derecho a veto.

izquierda, a su turno, no tenía el mecanismo para plantear conjuntamente una postulación semejante y, mientras el PCB (8), por ejemplo, pensaba que había que apoyar a Torres tal como era, confiando en que el ejército lo sostendría "en la medida en que no hubiera provocaciones", la FSTMB (9) estaba interesada en proyectos como la cogestión en COMIBOL (10), otra vez desinteresándose del tema central, que era la defensa antifascista del poder y la fórmula dentro de la que Torres debía sobrevivir.

De alguna manera, la izquierda tenía conciencia de que las cosas estaban sucediendo fuera de ella, que los verdaderos actores eran las masas populistas y el ejército (11). La existencia de Torres era el reconocimiento de esta posición históricamente dominante del ejército y la Asamblea Popular fue el intento de organizar políticamente a las masas, aunque todavía sirviendo a ciertos aspectos de sus modalidades populistas. En este sentido, debe decirse que la aceptación de la Asamblea y su consagración fue el acto de gobierno más importante de Torres (12); debe decirse, a la vez, que fue el mayor esfuerzo para dar coherencia ideológica a masas que no la tenían por su carácter, aunque al mismo tiempo, sirviendo a determinados rasgos de ese carácter.

En lo ideológico, las posiciones que se desarrollan fundamentalmente en la Asamblea son tres: 1) la del POR (L) (13), que considera que la Asamblea es ya el poder dual, el brazo obrero en el poder dual, y que debe comenzar a ejercitar su poder cuanto antes, mediante la acción de las masas; 2) la del PCB, que concretamente habla de la "Asamblea como escuela", es decir, una línea lenta, contraria a la inmediatista de los trotskistas en la teoría, pero su aliada en la prácti-

ca, posición en la que la ocupación de nuevos sectores del poder (ocupación "desde arriba") debía ser complementada por la ayuda proveniente del mundo socialista, para producir la transformación pacífica del régimen de Torres en un régimen socialista; 3) la del MIR (14) y otros sectores (incidentalmente el ELN (15) y el PCML), (16) que tomaba a la Asamblea como un germen del poder dual, es decir, un embrión del Estado obrero, que no podía existir si no creaba su aparato coercitivo previamente, es decir, su fundamento armado, independiente de Torres y del ejército, aunque eventualmente aliado a ellos. (17).

Aquí no se discute la propiedad con que se habla de poder dual como figura histórica. La proposición era, en cierto modo, más adecuada que en 1952: aquí era la Asamblea, brazo político de la COB, la que encarnaba el lado obrero del doble poder, en tanto que en el 52 esta representación estaba en manos de la COB misma, es decir, por el propio sindicalismo. Era menos exacto hablar de poder dual en el sentido de que, aquí, el lado obrero del doble poder era un brazo dependiente, que no tenía poder por sí mismo. Esto requiere un análisis más extenso al que nos aplicaremos en otra oportunidad.

Pero la práctica de las posiciones no era tan clara como las proposiciones teóricas. El MIR, por ejemplo, estuvo más cerca del difuso (y mayoritario) bando populista de la Asamblea, al elegir a Lechín —ilusoriamente— que aseguraba mejor su independencia con relación al poder militar. El POR (L) y el PCB se unieron, a su turno, a Lechín, que era como la encarnación del sindicalismo espontaneísta, para postular la cogestión en COMIBOL, es decir, la ocupación de la economía "desde arriba" en lugar de la ocupación "desde abajo" en la que participaron, de diferente manera, el PCML, el ELN y las propias direcciones universitarias, mal controladas por el MIR.

El punto en el que se aplican las líneas ideológicas a las posiciones concretas de un modo más transparente es la cogestión obrera en COMIBOL. Era el caso más notorio de una ocupación "desde arriba", es decir, en pacto con el gobierno de Torres, en oposición a las ocupaciones "desde abajo", es decir, por la mera acción directa, sin consultar y aún desafiando al gobierno militar. El proyecto de cogestión presentado por la Federación de Mineros postulaba el ingreso de la clase obrera a la administración de COMIBOL, con mayoría de votos en los me-

- (8) Partido Comunista de Bolivia (pro-Moscú). Desarrolló una línea de apoyo a Torres.
- (9) Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. El organismo sindical más prestigioso del país. Su actuación ha sido tan sobresaliente, por sus tesis, por el nivel de sus dirigentes, por su presencia decisiva, que se puede decir que es también el núcleo revolucionario fundamental en Bolivia.
- (10) Corporación Minera de Bolivia, empresa estatal de explotación minera creada sobre la base de las minas nacionalizadas a Patiño, Hoeschild y Aramayo en 1952.
- (11) Y no la izquierda y el ejército. Este matiz es por demás importante: la izquierda sólo relativamente y por sectores controlaba a las masas. Entre tanto, el ejército no dejaba de tener su espíritu de cuerpo, tanto con relación a Torres o el nacionalismo castrense como dentro de los planes de la derecha.
- (12) Una aceptación desganaada siempre que, comenzó siendo una negativa no declarada para transformarse en una condicionada aceptación. Los mecanismos políticos del gobierno, empezando por su secretaria política, preguntaron de dónde venía la "legitimidad" de la Asamblea. Se les respondió que tenía el mismo origen que la legitimidad de Torres, es decir, el acto de poder del 7 de octubre, que si Torres no reconocía el lado obrero de ese acto, estaba también desconociendo el propio origen de su legitimidad. El gobierno dijo que el Palacio Legislativo (donde debía reunirse la Asamblea) estaba en reparación y, en determinado momento, amenazó con instalar otra Asamblea, sobre la base de los campesinos. En las primeras reuniones, se tenía en cualquier momento un asalto de campesinos gobiernistas. A la larga, sin embargo, cuando vio que era inofensiva, Torres aceptó negociar con ella.
- (13) Partido Obrero Revolucionario, de tendencia trotskista.

- (14) Movimiento de la Izquierda Revolucionaria. Partido fundado un mes antes de la Asamblea Popular por la conjunción de la Democracia Cristiana Revolucionaria, el grupo Espartaco, los Marxistas Independientes y disidentes del Partido Comunista Marxista Leninista (pro Pekín) y del MNE.
- (15) Ejército de Liberación Nacional, organización clandestina fundada por Che Guevara en 1967.
- (16) Partido Comunista Marxista-Leninista. En la división que sufrió el Partido Comunista, el ala maoísta. Jefaturizado por Oscar Zamora.
- (17) Estas posiciones fueron desarrolladas dentro de los debates de la Asamblea Popular. Pero figuran más ordenadamente en las ediciones de MASAS, periódico de POR de Lora, en el informe presentado por Jorge Kollé ante la Conferencia del PCB y en el periódico VANGUARDIA, del MIR.

canismos de decisión y con la obligación de rendir cuenta ante las asambleas sindicales de base. Sin duda, la clase obrera iba a tener en sus manos la más importante empresa del país, pero el plan, aceptado por Torres, comprendía otras alternativas, algunos desafíos bastante azarosos para la izquierda. Si la cogestión se detenía en COMIBOL misma, había el peligro de que sirviera para la creación de una gran burocracia sindical, a la manera de la que engendró el Control Obrero en tiempo del MNR. Pero se tenía a la vista que las propias nacionalizaciones no significan mucho más que el poder dentro del que se realizan, que el sistema al que sirven. Con el MNR, hubo Control Obrero y hubo abundancia de ministerios obreros, pero eso no sólo no dio lugar al poder obrero, sino que lo imposibilitó. En este caso, los obreros habrían tomado a su cargo la fase más difícil del circuito de la producción minera y habrían otorgado, pero al precio de su desgaste, un tiempo de paz social al régimen, que era lo que Torres buscaba. Pero, con cogestión o sin ella, el sistema del país en su conjunto no habría salido de los moldes liberales, impuestos por el FMI en 1956, ni de su dependencia secular. (17 B).

Este era el lado negativo de la cogestión, si no se cuestionaba al mismo tiempo el problema del poder como totalidad y el armamento de las masas. Veamos ahora la alternativa de éxito de la cogestión. Puesto que los obreros iban a administrar las divisas que produjeron siempre, habría sido lógico que a continuación preguntaran al gobierno en qué las gastaba. Pero las divisas, dentro del esquema de Eder (18), son invertidas en beneficio de los consumos suntuarios de las clases privilegiadas, financiando un comercio hipertrofiado. Es muy sabido que en Bolivia, donde el consumo diario es de 1.800 calorías per cápita, se come galletas inglesas y chocolates suizos. La lógica advierte que, si la clase obrera habría entonces exigido participar en la distribución de las divisas que producía y administraba, habría tenido que avanzar sobre los mecanismos del gobierno destinados a ello. La consecuencia habría sido el reordenamiento del gasto y un avance inminente hacia la nacionalización del comercio exterior. Todo bien, hasta aquí. Pero, ¿hasta qué punto las clases privilegiadas estaban dispuestas a aceptar pacíficamente una restricción tan drástica en sus consumos? Mucho antes de que se pensara siquiera en aplicar el proyecto de la cogestión, los compradores de galletas inglesas ya estaban disparando desde las ventanas, como francotiradores. Los privilegiados no renuncian apaciblemente a sus beneficios; para ellos, lo único que podía justificar el vivir en un país como Bolivia, era comer galletas inglesas y chocolates suizos, es decir, el vivir en un mundo suntuario.

Ellos no esperaban, quizás, que el mundo

suntuario tuviera la capacidad para la ferocidad que demostró después, pero las posiciones esbozadas por la izquierda, con relación a la Asamblea, tenían sentido, cada una dentro de su contexto. Los trotskistas, por ejemplo, respondían al fuerte acento sindicalista de su tradición. Ellos consideraban que, aunque se estaba produciendo un ascenso de masas en términos generales, sin embargo se estaba ante un momentáneo reflujo del sector obrero (19). Pensaban, a la vez, que la cogestión iba a servir para activar a la clase obrera y que la práctica del poder dual debían ser las masas en movimiento; que la acción de las masas y su movilización crearían las condiciones del poder e incluso los fundamentos del aparato armado.

Otro tanto ocurría, a su manera, con las posiciones del PCB. Es evidente que, por lo menos en su planteamiento, la ayuda técnica y económica de la Unión Soviética se dirigía al desarrollo de ciertos polos excepcionalmente dinámicos de la economía boliviana, a la construcción de industrias pesadas extractivas y de transformación para las que el país está bien dotado. Era como poner de cabeza todo el modelo de desarrollo económico que había sido impuesto a Bolivia por su condición de país capitalista dependiente. El PCB pensaba aparentemente que Torres daba el tiempo ideal para la constitución de un frente revolucionario (al que incluso llegó a llamar Unidad Popular, como en Chile) (19 B) y para que los planes soviéticos dieran resultados, preparando el asiento económico para el poder socialista que debía suceder a Torres. El propio sustantivo **escuela** sugiere que la Asamblea era el lugar en que las masas debían aprender, a través de participaciones experimentales como la cogestión, a conducirse a sí mismas. Por consiguiente, luego de que se concebía a la Asamblea Popular como una escuela y que se creía en la transformación pacífica del gobierno semibonapartista en un régimen socialista, la fase que interesaba de la cogestión era la de la paz obrera, que debía ser, además, exitosa, bajo el soporte de la eficiencia económica de los soviéticos.

La Asamblea, desde luego, era realmente una escuela; pero la historia la convocaba ya para funcionar como un poder. Por el otro costado, no basta con decir "**el poder dual existe**" para que exista realmente. En este orden de cosas, el peligro no está en las posiciones sino en su exacerbación y lo que define la exactitud no es el concepto general de la posición, que suele tener su sensatez, sino el matiz con que se inserta en los hechos. ¿Qué pasaba con la ocupación "**desde arriba**"? que era al mismo tiempo una ofensiva y un enjuague, a la vez un regalo a Torres y un despojo a Torres o, para decirlo de una sola vez, una hibridez. Pero también era híbrida la posición del eje que podríamos llamar vanguardista (20) (MIR, ELN,

(17B) Los acuerdos financieros que se conocen como Plan de Estabilización Monetaria, firmados por el gobierno de Siles Suazo con el Fondo Monetario Internacional en 1956.

(18) George Jackson Eder, negociador norteamericano de los acuerdos mencionados en el punto anterior, autor de las tesis más humillantes para la soberanía de Bolivia y su independencia económica.

(19) Así lo sostuvo el dirigente de la Federación de Mineros, Fílemón Escobar, en un artículo aparecido en MASAS, en el que comentaba las elecciones sindicales en el siglo XX.

(19B) En el Informe de su secretario general, Jorge Kollé, presentado al Congreso del PCB.

(20) Este calificativo es legítimo sólo en cuanto estos

PCML), porque aquí, al mismo tiempo que se protestaba por la insuficiencia de los aprestos defensivos de la Asamblea, se practicaba o no se lograba impedir la práctica de la ocupación "desde abajo". Es decir, los unos decían que había que conservar a Torres y no hacían nada para conservarlo; los otros, reclamaban la concreta conservación de Torres y se aprestaban a ella, pero aumentando los riesgos que lo acorralaban. Pero resulta llamativo por lo menos el que, mientras trotskistas y comunistas aparecían apoyando tan resueltamente un plan inmediato como era el de la cogestión (21), las organizaciones a las que tendían a calificar de extremistas fueran las que recomendaban cautela en los pasos, un compás de espera para adoptarlos después de la constitución del aparato armado de la Asamblea. En los hechos, se habló en la Asamblea de la cogestión o de la representación campesina o de la universidad boliviana, pero no de la cuestión del poder. (22). De esta manera, así como el vanguardismo puro tuvo su hora triste en Nancahuazú, el desprecio genérico por la lucha armada, tuvo su día negro en el 21 de agosto. Lenin ha escrito que "Marx fustigaba precisamente con sarcasmos implacables a los "osvobozhdentsi" liberales de Francfort, porque pronunciaban buenas palabras, tomaban toda clase de "decisiones" democráticas, "instituían" toda clase de libertades y, en la práctica, dejaban el Poder en manos del rey, no organizaban la lucha armada contra las fuerzas militares de que disponía este último". (23). Así también la Asamblea boliviana discutía sobre si debía tener sus propios embajadores o sobre los grados de su ejército, pero no se aprestaba a defender su mínima existencia. Los sectores dominantes en ella parecían dar por sentado que la supervivencia del poder, con todos los matices que tenía, era un problema que estaba a cargo de Torres. Este, a su turno, pensaba que el asunto estaba en manos de los obreros. Se habló mucho de la co-

gestión e incluso de milicias populares, pero con eso, con la parafernalia de las palabras, no se hacía sino dar verosimilitud a la propaganda de la derecha, que hablaba ya de la inminente comunización de Bolivia, de que al domingo siguiente a la Asamblea estarían ocupadas las casas de los barrios bajos, que son la parte rica de la ciudad. En cualquier forma, si se aprobó la cogestión, después de eso no pasó nada más. La Asamblea no tenía fuerza para imponerla, nadie parecía urgido por aplicar el proyecto ni hubo tiempo para hacerlo. El sector empresarial se sintió, en cambio, amenazado urgentemente y llamó a su gente a "luchar por todos los medios" (24), COMO SI EL PROYECTO YA SE HUBIERA APLICADO, lanzándose a la violencia misma. La clase que pierde es siempre mucho más intensamente consciente que la clase que adquiere; aquí se trataba, además, de una amenaza inconcreta, que adquiría el rostro de una peligrosidad lúgubre, en tanto que, para el otro bando, se trataba de una vaga adquisición.

Si las cosas son vistas desde este lado, se podría decir que la posición del MIR (y también la del ELN, que sólo concurrió a la Asamblea lateralmente) era correcta en lo fundamental: era cierto que no debía emprenderse tareas que no se estaba en condiciones de sostener en la práctica. Pero la mera exactitud impotente no es sino un consuelo para intelectuales. Es algo típicamente pequeñoburgués: no importa lo que ocurre, sino la claridad con que se lo ve. Una línea correcta, además de serlo, debe ser audible y capaz de penetrar en la realidad. Ni el MIR ni el ELN tenían representaciones obreras importantes y sus portavoces, o eran de sectores extraproletarios o estaban en la representación partidaria (no en la sindical), hablando con la timidez de una representación no obrera en una Asamblea esencialmente obrerista.

La Asamblea era obrerista; pero eso no era sino literatura pura, puesto que no era eficaz. Ahora bien, el sobredesarrollo de las corrientes sindicalistas en la política boliviana es algo que resulta de la historia del movimiento popular; no es una mera forma; es como si estuviera dentro de él. Es verdad (ésta es una correcta apreciación de Guillermo Lora) que los obreros bolivianos casi nunca concibieron al sindicato como un mero sindicato. En los grandes momentos, sobre todo, las organizaciones obreras funcionan como una suerte de soviets, asumiendo tareas que corresponden al Estado. Incluso, cuando existe el doble poder, en 1952, no se habla en él del poder obrero (es decir, de la ideología proletaria encarnada en el partido obrero) a un costado y del poder burgués al otro. Son, en cambio, la COB (25), es decir,

sectores insistían en la necesidad de la existencia de una vanguardia armada. Pero, por lo menos en lo que se refiere al MIR, jamás se sostuvo que la vanguardia armada debería sustituir al movimiento de masas.

- (21) Tan inmediatista, en la práctica, en cuanto su "rebote" político, como las tomas "desde abajo", como se verá después.
- (22) El tema de la cogestión está expuesto en el artículo mismo. Sobre la representación campesina, se discutía si debían ser admitidos los campesinos oficialistas o los independientes. Todo el eje prooficialista se pronunció por la primera posición, pero la asamblea aceptó a los independientes. En cuanto a la Universidad boliviana, se trataba de un proyecto de unificación de las siete universidades que hay en Bolivia y también del derecho de la clase obrera de supervisar la conducción de la enseñanza y la administración en ellas. Algunos plantearon el problema como un acto de predominio concreto de los obreros sobre los universitarios, pues estaba de moda el obrerismo puro, pero la discusión se desvaneció cuando los universitarios reconocieron el derecho de los obreros a dirigir las universidades. El "sindicalismo" amenazó varias veces en la asamblea con derivarse hacia un antipartidismo militante. Había dirigentes obreros que se pusieron a hablar con desdén concreto acerca de los partidos y de los "políticos". Este fue otro de los frutos del "lateralismo" permanente de la asamblea.
- (23) DOS TACTICAS (de la socialdemocracia en la revolución democrática). Lenin.

- (24) Los empresarios privados sacaron un osado manifiesto llamando a la subversión, convocando a la lucha "por todos los medios". El resultado fue que la empresa privada financió la existencia del Ejército Cristiano Nacionalista, el grupo terrorista de la derecha que realizó los atentados de preparación del golpe y los asesinatos del día 21.
- (25) Central Obrera Boliviana, creada en 1952, máximo organismo de los trabajadores. La acumulación de sectores no rigurosamente obreros en ella condujo, sin embargo, a que la Federación de Mineros tuviera siempre más importancia que la

la organización sindical y el partido democrático-burgués, como si los sindicatos hubieran ocupado el papel del partido bolchevique. (26).

En el ascenso de las masas, tal como sucedió en Bolivia, los sindicatos son determinantes, pero en cambio, los partidos no lo son en los sindicatos. La FSTMB, por ejemplo, siempre fue más importante y poderosa que los propios partidos a que pertenecían sus integrantes. El sindicalismo sobrevive a todas las persecuciones, pero, en contraste, ningún partido logra reemplazar al MNR en el control de los sindicatos, control que, además, el MNR perdió muy temprano. Hay, pues, una hipertrofia en el papel de los sindicatos que caracteriza a todo el proceso histórico boliviano.

Es un fenómeno que también se manifestó en la Asamblea Popular, incluso en sus requisitos estatutarios (27). Era correcto, para mencionar un caso, establecer un predominio proletario, es decir, una superioridad cualitativa sobre la cantidad del proceso, que eran los campesinos, clase burocrática, dependiente y osificada en la conquista democrático-burguesa de la tierra. Esto significaba que no se elegía un proceso democrático-formal, sino que se pensaba, en efecto, en la construcción de la dictadura del proletariado como definición del doble poder. Pero si esto era un soviét, era un soviét sin el partido de la clase obrera y así, en lugar de que triunfara la ideología proletaria en manos del partido revolucionario, triunfó la línea sindicalista, que sólo a medias respondía a los partidos. Los dirigentes sindicales, v. gr., pertenecían a partidos que votaron contra Lechín; pero ellos mismos votaron por Lechín, porque era miembro de su federación y ésta lo había resuelto así.

La confusión entre lo que es la ideología proletaria, la posición obrera y la condición obrera se mostró típicamente: Se daba más importancia a la extracción de clase y aun al origen de clase (la condición obrera) que a la ideología del proletariado y, en todo caso, la posición obrera (es decir, la posición de esa clase obrera en esa coyuntura) dio un matiz sindicalista a la Asamblea. Por esta vía, se puede decir que la Asamblea Popular fue la fase más alta del proceso populista de las masas bolivianas en lugar de ser el primer órgano de poder de la revolución socialista.

El desdén hacia los partidos políticos, hacia el campesinado, y más que nada, hacia los universitarios, no fueron sino aplicaciones de esta línea, que era el polo opuesto del

vanguardismo o jacobinismo (28) que acosaba a la práctica de algunas otras organizaciones. No es que no se dieran cuenta de este obstáculo opuesto, pero, en los hechos, tanto el MIR como el ELN pagaron en la Asamblea el tributo a una escasa influencia obrera, es decir, a su pobre presencia en el **proletariado tal como era**. Sus voces se escuchaban remotamente por en medio de las acusaciones de ser partidos universitarios o partidos campesinos, según los casos, y así puede decirse que su papel no fue relevante en el manejo de la Asamblea. Lo fue, en cambio, de un modo más que considerable, en el momento del combate. Estaban mal preparados para el debate con la clase obrera, en la manera en que ella existía en la coyuntura política, es decir, todavía expresando sus modalidades atrasadas, pero mostraron, en su momento, haber ido mucho más lejos en lo que se refiere a la organización militar lo que, después de todo, era el problema fundamental con relación al hecho del poder. Este es el hecho: que no se estaba en medio de los obreros. Era consecuencia, siquiera en parte, de la falta de tiempo (el MIR tenía dos meses de existencia cuando se inaugura la Asamblea), pero quizás también de ciertas traiciones de un inconsciente vanguardista. En aquel momento se estilaba decir que el nacionalismo revolucionario (el populismo local) había concluido su ciclo y ello es verdad en el sentido de que es la historia del país la que demuestra que no son posibles para él las fórmulas intermedias, llámense MNR, Ovando o Torres, que no son viables históricamente, que sólo existen para fracasar. Pero, especialmente con relación al MNR, (que hace un fenómeno más denso y permanente), son las masas las que han existido con esa modalidad y quizás aquí se cayó en la tentación de "creer que lo caduco para nosotros ha caducado para la clase, para la masa". (29). De nada servía por eso acusar a los sindicalistas de sus errores cuando al mismo tiempo se demostraba que se era incapaz de estar dentro de la clase obrera. Pero los sindicalistas, a su turno, olvidaban otro consejo de Lenin: que todo lo que sea inclinarse ante la espontaneidad del movimiento obrero... equivale —en absoluto independiente de la voluntad de quien lo hace— a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros". Y también, para los que acusaban a los delegados universitarios por ser universitarios, que "la historia de todos los países atestigüa que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia "trade-

COB. Pero Lechín era el máximo dirigente de la Federación de Mineros, de la COB y de la Asamblea Popular, de suerte que volvió a acumular un poder inmenso, como después de 1952.

(26) La aplicación de la tesis del poder dual en Bolivia y la inversión de sus términos en materia de poder político es un tema que debe ser desarrollado independientemente. Así lo haremos.

(27) Los estatutos de la Asamblea Popular fueron redactados minuciosamente y su principal objetivo era asegurar que en todas las reuniones y comisiones la aprobación de los asuntos contara por lo menos con un 60 por ciento de votos obreros. La asamblea misma tenía, por estatuto, una vasta mayoría proletaria.

En principio, este hecho respondía a legítimas preocupaciones. Se sabe, por ejemplo, que en la lucha contra el burocratismo en Rusia, Lenin

explicó que debía buscarse el origen del problema en que muchos de los dirigentes eran de origen no obrero o eran obreros que hacía tiempo que no vivían en medio de la clase obrera. Naturalmente, provenir de la clase obrera tampoco justifica por sí mismo la justeza de una posición y que Lenin estaba advertido acerca de ello lo demuestra la rotundidad de la cita número 30 de este trabajo.

(28) En el sentido que da Lucio Magri en el estudio "Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario" (TEORÍA MARXISTA DEL PARTIDO POLÍTICO, Cuadernos del Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969).

(29) LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO. Lenin.



unionista". (30). Es con este fundamento que puede afirmarse que la Asamblea, a través de su obsesiva concentración en temas como la cogestión en COMIBOL, en cuanto expresaba los intereses políticos inmediatos de la clase obrera, los propósitos de su posición coyuntural, pero no sus intereses a largo plazo, estaba practicando una suerte de **reivindicacionismo ampliado** de clase.

Los trotskistas daban una gran importancia a la movilización de las masas y el PCB a la movilización sistemática de las masas, aunque sin mayor calado, unos y otros en las masas "verdaderas". En hacer hincapié en ese aspecto tenían razón, sin embargo, porque Nancahuazú y Teoponte son una enseñanza permanente de lo que es la lucha armada al margen de la movilización de las masas. "Con la vanguardia sola —ya se sabe— es imposible triunfar". (31). Pero el 21 de agosto, precisamente, advierte acerca de lo que es una movilización de masas que no se han ocupado de armarse.

En aquellos días, se decía de algunos partidos que habían hecho importantes adquisiciones de armamento y puede ser que haya sido cierto. Pero no es suficiente siquiera disponer materialmente de las armas, ni aún en la insurrección permanente de Bolivia. Se necesita, además, estar subjetivamente preparado para utilizarlas y en esto ocurrió algo realmente clásico: por refutar a la concepción foquista de la lucha armada, estas organizaciones predispusieron a su militancia contra la lucha armada en general. Cuando llegó la hora de utilizar las armas que habían sido adquiridas, su militancia no estaba preparada para hacerlo, carecía del aparato imprescindible. El resultado fue que no pudo asistir a la batalla sino a través del sacrificio de sus dirigentes y militantes más resueltos.

En su composición práctica, la acción estaba perdida; pero también en su contexto político propiamente. Naturalmente, habría sido un error dar a Torres un apoyo en general, como parecía proponerle el PCB, por ejemplo. Pero era, en cambio, grandemente necesario encontrar un acuerdo de límites con Torres. Ahora está muy claro que la izquierda debía exigir que se la armara, como contraparte de su apoyo. ¿A qué andar con remilgos, en efecto, en materia de apoyo o de no apoyo, al servicio de purezas inquebrantables, si se iba a poner el 21 la vida misma de la gente para luchar contra los que derrocaban a Torres? Por eso, aunque estaba equivocado el PCB al postular un apoyo en blanco, no lo estaba, empero, en el sentido de que tampoco era suficiente decir que Torres, puesto que era limitado, no servía en absoluto. Si, aun apoyando a Torres, como lo hizo, el PCB se hubiera preparado concretamente para lo que vino el 21, que era un combate y no un plebiscito, sus posibilidades se habrían acrecentado enormemente; pero fue excesivo en el respaldo a Torres, inerte

ante el ritmo populista de la Asamblea y débil y desorganizado en la batalla misma.

Aquí llegamos a un punto que es quizás el preferido en las vociferaciones contra la izquierda boliviana. Es la línea que dice: "un gobierno democrático cayó, porque la izquierda se entregó a una línea provocadora; la izquierda infantil derribó a Torres". Con esto se hace referencia a las tomas de tierras y minas, al manifiesto de las clases y suboficiales, a los secuestros del ELN, pero también a la proclamación inmediata del poder dual por el POR, etc. (32). Es un argumento que, fundándose en ciertos hechos indiscutibles, es propuesto, sin embargo, con una intención reaccionaria; es la apología de los gobiernos reformistas, un argumento que, en el análisis concreto de cada situación, se vuelve contra los que lo invocan, como se ha de ver de inmediato.

Torres creía que con buenas palabras y con visitas a los cuarteles iba a apaciguar a la derecha militar. Jamás encaró una verdadera reorganización del ejército y, para saberlo, basta con anotar que Reque Terán (33) era el comandante del ejército, en tanto que Sánchez (34) nunca fue otra cosa que comandante de la fracción de un regimiento. Si las cosas hubieran tenido éxito siguiendo este curso, Torres habría demostrado que, en efecto, conocía más del ejército que cualquiera en Bolivia, como se repetía tantísimo entonces. Pero, a pesar de las enormes concesiones hechas a los gorilas, los gorilas no se tranquilizaron. Se demostró lo que ya se sabía, que el poder no nace de una amistad condescendiente, sino de la fuerza de los hechos: mientras temieron a los obreros, no golpearon a Torres; cuando se les demostró que los obreros eran un bulto, pero difícilmente un aparato armado, derribaron a Torres. En medio de eso, no importaba lo que éste decía.

Es cierto, de otro lado, que UCAPO (35), ocupó algunas haciendas y que las federa-

(30) ¿QUE HACER? Lenin. También dice: "El desarrollo espontáneo del movimiento lleva a subordinarlo a la ideología burguesa. Por eso nuestro deber es combatir la espontaneidad".

(31) LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO. Lenin.

(32) En algunos casos, como en ciertas minas de la provincia Inquisivi, las tomas fueron alentadas desde el gobierno. El manifiesto de las clases y suboficiales agrupados en la Vanguardia Militar del Pueblo, publicado unos días antes del golpe, es mencionado como el más concreto caso de enardecimiento del sentimiento golpista entre los oficiales. Pero también podría suponerse, puesto que a esas alturas la factura del golpe estaba avanzadísima, que hacía perder el sentimiento de unanimidad castrense entre los golpistas. En todo caso, creer que un ascenso de masas puede producirse sin ciertas manifestaciones desordenadas como ésta es una insostenible ilusión.

(33) Luis Reque Terán, comandante de la División de Camiri durante la campaña antiguerrillera de 1967, un barrientista connotado en su momento, en cuya conversión Torres creyó sin otro fundamento que el de su propia fe. Su retransfugio fue fundamental para el éxito del golpe en La Paz.

(34) A través de un contacto sostenido y creciente con la izquierda, Sánchez crea la mentalidad que lo llevará a ser el único oficial con mando que se pronunciará contra el golpe. Dirigirá las operaciones del Colorados y de los combatientes civiles el 21 de agosto y se convertirá, por esa vía, en una figura nueva en la política del país.

(35) Unión de Campesinos Pobres con participación de varios grupos de la izquierda y predominio del PCML, que actuó sobre todo en el área norte de Santa Cruz de la Sierra. Su operación más conocida es el reparto de la hacienda Chané-Bedoya entre los campesinos.

ciones universitarias, miristas tomaron solares urbanos y los distribuyeron entre las gentes pobres. Pero lo mismo hizo cien veces en todo el país el MNR, en la hora en que todavía era el partido plebeísta, y Sandoval Morón (36), en Santa Cruz. No por eso cayó el MNR, pero ahora se dice que por las tomas cayó Torres. El MNR no pidió disculpas y se limitó a dar cuenta con lo obrado, a legalizar lo tomado; esta vez, en cambio, el gobierno y la propia Federación de Mineros garantizaron en todos los tonos a los empresarios privados que las tomas no proseguirían. No por eso se hicieron torristas los empresarios y, en cambio, se convirtieron en el corazón local de la conspiración. No era con palabras con lo que se les iba a convencer.

El problema debe plantearse más a fondo. ¿Por qué oponerse, en efecto, a las tomas si en realidad no eran sino la ejecución, de otro modo, del mismo plan político que implicaba la cogestión? ¿Acaso la cogestión no decía que de COMIBOL iba a pasarse a las otras empresas estatales y así sucesivamente hasta tomar la economía en su conjunto? O sea, que las ocupaciones resultaban buenas cuando las aprobaba Torres, "desde arriba", pero malas cuando no lo hacía, cuando ocurrían "desde abajo". Pero, en el contexto boliviano, que era ya el de una lucha franca entre las clases y no un esquema de transformación legal (37), el efecto político (que era lo que debía interesar) de las tomas, fueran desde arriba o desde abajo, era exactamente el mismo. Las tomas por sectores, por la cogestión o por UCAPO, implicaban una concepción de avance gradual, por acción de las masas, sobre el poder, bajo la supervivencia del ejército. Esto, lo de la supervivencia del ejército, dentro de un tipo intocado, es lo que volvía infantil, no a lo que hiciera este sector o el otro de la izquierda, sino a todo lo que sucedía debajo de Torres y por medio de Torres mismo. El ejército es el núcleo del poder del Estado burgués y, por eso, la ocupación de las tierras rurales y urbanas era posible en tiempo del MNR, cuando el ejército no existía o era todavía muy débil, y no en el tiempo de Torres, cuando el poder definitivo de las decisiones se mantenía en manos de un ejército viviente y poderoso, abrumado por un sentimiento de acoso (38).

Es, pues, toda la línea de la transformación gradual del poder la que ha fracasado el 21 de agosto (39) y no sólo una de sus partes. Resulta grotesco después escuchar las monsergas de los que suponen que Torres cayó porque permitió un exceso de movilización de las masas. El golpe del 21 de agosto fue la resurrección del mirandismo, (40) la reiteración del 10 de enero; (41) eso quiere decir que, si no se movilizaban las masas, aun en la forma en que lo hicieron, la caída habría sido todavía más temprana. Torres hizo bien en permitir la movilización de las masas, hizo mal en no armarlas, es cierto que no estaba en su proyecto jamás el armarlas y, en cambio, la izquierda demostró una gran inmadurez al plantear nuevas medidas de radicalización, desde el Palacio o fuera de él, en lugar de exigir la solución del fondo de la cuestión, que era el armamento del pueblo para enfrentar a la derecha militar. Torres no hizo esfuerzo alguno por desmontar el aparato gorila pero tampoco hubiera podido hacerlo con el respaldo de una mera movilización; era preciso que esa movilización estuviera armada. Era una lucha contra el tiempo en la que ganaron los que tuvieron ideas claramente reaccionarias a los que tenían sólo confusos anhelos revolucionarios.

Veamos ahora otro aspecto, que puede llamarse el de la no correspondencia entre las organizaciones y el movimiento de las masas. El concepto de la **Asamblea como escuela** se fundaba en el supuesto de que Torres iba a lograr la tranquilidad del ejército y la izquierda la tranquilidad de las masas; esto segundo, en un grado suficiente como para que las obras de desarrollo lograran resultados y habilitaran económicamente al país por un futuro gobierno democrático de unidad de las izquierdas. Era un esquema que partía de un pre-supuesto: asumía ya al bonapartismo como si éste tuviera posibilidades de un éxito más o menos constante en Bolivia, a la manera de lo que aparentemente está sucediendo en el Perú. Pero el bonapartismo es la modernización del Estado, en un Estado que está ya en movimiento, es decir, ya modernizándose por lo menos en cuanto llama a la modernización. La situación era bastante diferente en Bolivia. Se diría que aquí, por el contrario, tenemos un

(36) Líder del MNR de Santa Cruz. Bajo su dirección se encará la solución del problema de la vivienda popular en esa ciudad, mediante la distribución de tierras urbanas que eran ocupadas por acción directa. Fue destruido así el sistema de "tambos", que era una forma de explotación basada en el monopolio de la propiedad de los inmuebles urbanos. El contorno político dentro del que se hicieron las ocupaciones sandovalistas era por cierto diferente del que dio Torres, pero las ocupaciones mismas eran iguales unas y otras. Su efecto diferente demuestra que dicho contorno era lo importante y no las ocupaciones en sí.

(37) A diferencia de Chile, por ejemplo. El valor de estos hechos depende del carácter del proceso y por eso es tan poco fundado enjuiciar con los criterios a usarse en Chile, proceso legal, lo que se hizo en la Bolivia de Torres, donde la lucha de clases se fundaba en su mera eficiencia de facto.

(38) El ejército fue disuelto en la batalla del 9 de abril de 1952 en lo que configura un caso único en la historia latinoamericana. Su reorganización posterior destruyó primero a los reorganizadores y restituyó al ejército a un rol hegemónico, bastante modernizado, respondiendo a las características del nuevo Estado, que también se modernizó.

(39) Este día se libró en La Paz la batalla final por el poder entre el ejército, que impuso en el poder a Bánzer, y los combatientes populares que respaldaron a la fracción del regimiento Colorados que luchó al mando de Sánchez.

(40) El general Rogelio Miranda era presidente del triunvirato al que destituyó Torres con su audaz resolución del 7 de octubre. Ovando, desiluzado hacia la derecha, intentó comprar con esta conversión la buena voluntad de la derecha, pero ésta resolvió tomar no sólo la parte que le daba Ovando, sino el poder entero.

(41) En conexión con el movimiento anterior, una vez fracasada la empresa de Miranda, el comandante del Colegio Militar Hugo Bánzer, hoy Presidente de Bolivia, organizó un nuevo golpe el 10 de enero, tres meses después de la asunción de Torres. La mención de estos hechos tiene sentido porque demuestra que se trataba de una única conspiración a lo largo del tiempo, que culminó con éxito el 21 de agosto. Demuestra que es falso decir que el golpe de agosto existió como consecuencia del manifiesto de las clases o de las acciones de provocación de la izquierda. Con provocaciones o sin ellas, la derecha estaba dispuesta a derrocar a Torres al día siguiente de su toma del poder.

Estado estancado burocráticamente como consecuencia de las prematuras reformas democraticoburguesas del 52. Aquí el proceso democraticoburgués ocurrió demasiado temprano, cuando todavía no había el partido que lo prosiguiera hasta su fin; por eso aquellas medidas, aunque revolucionarias en la forma, adquirieron una derivación reformista: cambiaron profundamente las cosas para estancarlas de inmediato y ahora se podría decir que el Estado que generó es una trampa. Las clases que son parte de él, como el campesinado, están presas en él; pero el proletariado, sencillamente, no se siente parte. El corazón de ese Estado es el ejército y, con relación a él, el proletariado es una clase separatista. Por consiguiente, ésta es otra de las razones por las que no debía esperarse mucho del tardío experimento semibonapartista de Torres.

Por las causas mencionadas antes (su ruina política), Torres, en efecto, quería salvar al ejército luchando contra las tendencias predominantes en el ejército. Pero, en las crisis sociales, las sociedades apelan a sus recursos finales; esta sociedad, la construida sobre las reformas del 52, no acepta al proletariado sino cuando lo inmoviliza y lo enmudece. El ejército, que es la violencia institucionalizada, el lado violento de esa estructura, era el último recurso de esta sociedad. El MNR multiplicó inmensamente la propiedad pequeñoburguesa; sobre esa base se edificó el actual Estado boliviano y su ideología. Era casi inevitable que los sectores conservadores de esta sociedad se hicieran por consiguiente más anticomunistas, más masivamente anticomunistas, que en cualquier época del pasado, cuando eran pocos los que tenían algo que perder. Por eso Torres no pudo conseguir la tranquilidad del ejército, porque la formación ideológica anticomunista demostró ser mucho más poderosa que los llamados débiles de Torres. Tampoco el PCB ni partido alguno de la izquierda pudieron cumplir la segunda condición para que el esquema se realizara, que era la quietud de las masas y lo que se vio en grueso es que los partidos izquierdistas de Bolivia no controlaban a las masas. Este es un hecho que, como todos los demás, tiene su origen en la historia social del país. Una clase, en efecto, no se define sólo por el lugar que tiene en el proceso de la producción; su vida y su carácter están también definidos por el modo en que ha ocurrido su historia como clase. Cada clase es inevitablemente heredera de su propio pasado.

Los mineros habían entrado en la política en la década del 40. Fue el MNR quien los introdujo y fue también el MNR el que metió en la política a los campesinos en la década del 50. (41 B). Hasta entonces, ambos sectores no existían, para los fines de la política, sino por irrupciones. La política se definía en el margen correspondiente a las capas

urbanas intermedias. Por eso el MNR pudo desarrollarse como un auténtico partido de masas. El MNR dio a las masas su carácter (pequeñoburgués, nacionalista, populista) y las masas dieron su carácter al MNR, que se amoldó a ellas a lo largo del tiempo; fue un partido radical, cuando las masas eran radicales (en el 52); cuando las propias reformas demoburguesas despertaron sentimientos conservadores en ciertos sectores de las masas, como los campesinos, el MNR se hizo conservador. Aquí corresponde una digresión, para el buen desarrollo del asunto. Es el problema de la relación entre las masas y los partidos de la izquierda. La movilización de las masas ¿se desprendía de los partidos, había sido organizada por ellos o es que, por el contrario, los partidos de izquierda se beneficiaban, en la negociación política, con un ascenso de masas previo a ellos? El populismo es la forma en que existieron las masas de Bolivia y el espontaneísmo su método, el MNR su partido, Lechín su jefe sindical. Naturalmente, el populismo ya fracasó como fórmula de poder en el 64, el espontaneísmo ha sido vencido cuantas veces ha sido necesario por el ejército, el MNR no es sino un harapo miserable de lo que fue y Lechín no sobrevive sino en la medida en que se amolda a los hechos, casi como una costumbre de los sindicatos. (41 C). Pero cuando Ovando abrió las compuertas que contenían a las masas, cuando dejó el barrientismo, las masas existieron de la única manera que sabían existir: espontáneamente. Esto puede decirse de otra manera: las masas se movilizaban a un lado y los partidos en otro; los partidos eran como parásitos de una movilización de masas que no les pertenecían, trataban de explotar ese movimiento pero, en definitiva, no lo conducían y, por el contrario, acabaron por seguirlo. Aquí sí que, como dijo Lenin de 1905, "las organizaciones habían quedado atrás respecto al crecimiento y la envergadura del movimiento" (41 D).

¿Cómo son, por ejemplo, las masas obreras? Son populistas; su dirección ya no lo es y sus dirigentes son lo mejor que hay en toda la política del país. Pero las masas mismas, por su visión de la política, por sus hábitos, por sus propósitos, son populistas. Su punto de decisión política es la asamblea, como la plaza del pueblo entre los campesinos. La propia Asamblea Popular, al exacerbar el acento en la consideración del concepto de la condición obrera, al hiperbolizar la extracción de clase y no la ideología de clase, era una institución que seguía las inclinaciones auténticas de las masas, su patriotismo obrerista, pero sin organizarlas para llegar a un grado político superior. Es una realidad desgraciada: la deserción del MNR corroboró el defecto de las

(41B) Una participación orgánica de los mineros en la vida política no se hace sentir sino después de la masacre de Catavi, en 1942. El MNR los recluta y dentro de él actuarán por mucho tiempo. En cuanto a los campesinos, aunque los alzamientos y sublevaciones existieron secularmente, no actuarán como clase política, sino después de 1952, tras la organización de los sindicatos y la expulsión de los patrones por la reforma agraria.

(41C) Pero una costumbre poderosa como la supervivencia de las propias modalidades populistas. La actuación de Lechín el 21 de agosto fue meritoria porque se definió inconfundiblemente contra el fascismo. En el primer momento, que fue de confusión, su presencia en el stadium sirvió de indudable punto de referencia de las masas para su asistencia al combate. Como Sánchez, debido a una acertada definición oportuna, Lechín mejoró grandemente su posición dentro de la izquierda.

(41D) LAS ENSEÑANZAS DE LA INSURRECCION DE MOSCU, Lenin, OBRAS ESCOGIDAS, tomo I.

masas bolivianas, que es la desviación sindicalista. Cuando el ascenso de masas es expresado sólo por un instante por un partido que no asume el carácter final de dicho ascenso o no puede cumplir las tareas que le pide, se puede decir que la historia sucede de una mala manera. Pero si la izquierda no se apercebe de esta conciencia, continuará siguiendo a masas muy activas pero sin conducir las jamás. En realidad, no eran sólo el MIR o el ELN los que estaban fuera de las masas, aunque en ellos el hecho se veía de una manera más drástica; era toda la izquierda.

Aún en esas condiciones, sin embargo, la Asamblea fue la más avanzada expresión del poder obrero, una experiencia que no había existido jamás en parte alguna de la América latina. Hay que preguntarse por qué el proletariado es súbitamente poderoso el 7 de octubre (42) y cómo fue tan débil políticamente durante el barrientismo. Las cosas se presentan como si no fuera una misma clase sino dos clases diferentes; tanta es la diferencia entre un momento y el otro. Es, otra vez, algo que resulta no de su colocación en el proceso de la producción, que es el mismo en un momento y en el otro, sino de su devenir interno como clase y, aún más que eso, de su acumulación como acontecimientos, es decir, de su historia en cuanto a clase, que es lo que le da lo que se puede llamar un "modo de ser". Está a la vista que la clase tiene flujos y reflujos, que su comportamiento es distinto en situaciones distintas; pero es básicamente una clase victoriosa y tiene un ánimo ofensivo. En una misma colocación estructural, una clase puede, en efecto, desarrollar una distinta personalidad según el grado de éxito que tenga en su táctica, en el azar de sus dirigentes, en la fortuna de sus operaciones. ¿Cómo era que esta clase, que imponía la ley a todas las demás, que tuvo en el 52 un poder tan inmenso como para liberar a otra clase, la más extensa, un poder, convengamos, más grande que su propia madurez, sin embargo no pudo organizar, en mayo del 65, (43) la mínima resistencia ante la ofensiva de la Restauración? (44). ¿Y cómo ahora, en octubre del 70, podía otra vez obligar a un gobierno a aceptar formas así sea nacientes de un poder dual, en una suerte de esfuerzo de restablecimiento del status histórico del 52?

Estos hechos tienen una relación o dependencia respecto a lo que ocurrió en Nancahuazú en 1967 y en Teoponte en 1969.

(42) Porque sin él, el acto de Torres era un salto al vacío. Era determinante, pero eso no quería decir que estuviera políticamente organizado.

(43) Después del apresamiento de Lechin, el ejército ocupó la mayor parte de las minas del país en medio de grandes matanzas, en mayo de 1965. Estaba dentro de la política de Barrientos, que consistía en convertir a los distritos mineros en campos de concentración, pero, en cambio, halagar a los caciques campesinos, los cuales, de esa manera, puesto que no se tocaba las tierras, podían practicar su hábito dependiente con relación al aparato del Estado.

(44) Restauración, en oposición al ciclo revolucionario iniciado en 1952. Barrientos y Ovando bautizaron ellos mismos a su régimen, en los primeros días siguientes a su ascenso al poder en 1964, como Revolución Restauradora, confesando el carácter esencialmente reaccionario que adquirió el gobierno del ejército.

En ambos casos se verá hasta qué punto el aislamiento del proletariado conduce, al contrario de lo que podría suponerse, a una pérdida en su carácter, de qué manera su verdadero tiempo no se realiza sino en conexión con las otras clases, cómo, para el proletariado, la posición natural es la de dirigir al frente de clases oprimidas y no el aislarse de ellas. En ambos casos, en efecto, en Nancahuazú y Teoponte, se intenta la instalación de focos guerrilleros; en ambos casos, el ejército reprime salvajemente a la guerrilla y la extermina. La guerrilla no consigue sobrevivir; tampoco logra, por consiguiente, su expansión política hacia las masas. Sencillamente, no tiene tiempo para hacerlo, es vencida en su fase primera. Pero una cosa es el fracaso militar y otra el fracaso político y aun es posible un fracaso político inicial, localizado, y un éxito político diferido, difuso. Las repercusiones de las experiencias guerrilleras en la formación política del país serán inmensas, en efecto, y la guerrilla tendrá arraigo allá donde no se lo proponía o donde se lo proponía menos. ¿Qué quiere el foco en materia de movilización política? Quiere la actividad, el respaldo y la conciencia de los campesinos, inicialmente los del lugar en que se desarrolla. Pero el campesinado había creado en Bolivia una relación de dependencia no con relación a la clase obrera, que lo liberó realmente desde el Estado del 52, sino con relación al aparato estatal como tal, es decir, con relación a la máquina estatal desde la que formalmente se hizo la liberación. Se dice por eso que es una clase funcionaria: cree en cualquier poder que le respalde la posesión de la tierra, que ha sido su objetivo político secular, su programa único y su identificación. He aquí cómo el precoz desarrollo democraticoburgués expandió el elemento humano de asiento del Estado que estaba creando. Pero lo de Nancahuazú y Teoponte se afincó en el corazón de las pequeñas capas medias, que era la juventud pequeñoburguesa de las universidades y colegios.

Se localizó donde no lo pretendía; pero, a la vez, proporcionó una apertura táctica fundamental a una clase a la que no se refería sino para fases totalmente posteriores. Realmente, si se quiere hacer un cómputo verídico de los hechos en lugar de ver en todo victorias totales o derrotas totales del foco, debe deducirse que el principal efecto de las experiencias guerrilleras en la superestructura política fue la ruptura del aislamiento obrero. Puesto que el planteamiento sindicalista del poder dual condujo en 1952 a que el populismo se apoderara del propio poder dual transformándolo en cogobierno; puesto que el cogobierno expresaba ya el policlasismo, (46) tan característicamente po-

(46) El MNR se definía como un partido policlasista. Todos los partidos lo son en alguna medida, naturalmente; pero el MNR decía ser la alianza entre la clase media, los campesinos y los obreros. En Bolivia, el nacionalismo revolucionario fue el nombre que tomó el populismo y el populismo expresa el concepto de que las clases inferiores al nacionalismo revolucionario son iguales en poder y derechos. Esto no podía derivar sino en un triunfo flagrante y extenso de las nociones pequeñoburguesas acerca del poder, del país y de todos los problemas en general.

pulista; puesto que esta experiencia no condujo sino a la hegemonía de la pequeña burguesía dentro del frente nacionalista, era lógico que el ciclo concluyera en la incomunicación del proletariado. El ejército había reemplazado a la clase obrera como socio principal de la pequeña burguesía y su presencia era incompatible con la de aquélla. El campesinado, está dicho, se separó de la clase que lo había liberado, quizá porque el proletariado tenía conciencia del campesinado pero éste no tenía conciencia alguna del proletariado, y en cambio consolidó a profundidad sus nexos con el Estado, el nuevo Leviatán poderoso e impalpable. La pequeña burguesía se hizo tan reaccionaria que perdió la capacidad de mantener ni siquiera un pacto remoto con la clase obrera. Por todas estas causas y porque desde el cogobierno ya había pasado a la defensiva, la clase obrera estaba sola en 1964. Fue fácil para Barrientos emprender una ofensiva política y militar contra esta clase solitaria en mayo y octubre de 1965: las matanzas no obtuvieron una respuesta. (47).

En aquel momento, los universitarios eran falangistas o demócratacristianos, a la vieja usanza. Lo que ocurre después con esta juventud demócratacristiana, uno de cuyos sectores participa ya en la guerrilla de Teoponte, o con Torres o con figuras individuales como Quiroga Santa Cruz, (48) es todo parte del mismo contexto de radicalización. Es todo un sector el que es afectado por un proceso global de asentamiento de las ideas izquierdistas. De esta manera, la guerrilla no rebota inmediatamente en el campesinado; los propios obreros la apoyan, como ocurrió con la conferencia que dio pretexto a la matanza de San Juan o con los mineros de Teoponte, (49) pero ello ocurre porque, en esas condiciones, habrían apoyado cualquier desafío

izquierdista, sin insertarse directamente en él. Se hace carne, en cambio, de un modo intenso, en la juventud de la pequeña burguesía universitaria.

Es a partir de las universidades, que tienen entonces un mínimo de capacidad de movimiento que ha sido negado a los centros obreros, que se rompe el aislamiento de la clase del proletariado. Es en las propias universidades donde se rompe la unanimidad campesina en torno al poder del Estado. (50). El tiempo había transcurrido de modo que nuevas contradicciones aparecieron en el seno del campesinado y emergen grupos campesinos que ya no están interesados en la mera disposición de la tierra. Estos grupos se organizan en las universidades, en algunos casos son reunidos por los mismos dirigentes universitarios que después ingresan a Teoponte y proclaman la alianza obrero-campesina, para reemplazar el pacto militar-campesino, que había sido la base del poder de Barrientos. (51).

Este eje obrero-universitario, con influencia en los sectores más avanzados del campesinado, está trabajando cuando aparece Ovando; pero su funcionamiento es ya neto, masivo y orgánico cuando sube Torres al poder. Es más, es lo que explica el ascenso de Torres al poder. De aquí resulta la peligrosidad de un régimen con las características del de Torres: no de lo que era Torres mismo sino de lo que acarrea consigo. No podía ser básicamente importante para los norteamericanos perder el zinc o las colas y los desmontes de Bolivia. No les importaba la expulsión del Cuerpo de Paz, que no era sino una colección de protestantes despeinados. Pero, detrás de Torres, las masas se estaban movilizándolo, a la vez, con cierta eficacia, puesto que para ello les habilitaba la ruptura del aislamiento obrero, y con ciertas flaquezas, porque no atinaban a renunciar a las endebleces de su pasado. No renunciaron a ellas, ciertamente; en alguna medida, las desarrollaron. La Asamblea fue el desarrollo culminante de las desviaciones esenciales del proceso revolucionario boliviano.

La ausencia o vacío que explica esa distorsión es la falta en la existencia de un

A la etapa de la primacía de la clase obrera dentro del frente clasista nacionalista revolucionario se llama la fase del poder dual. Ocurrió en 1952 y unos pocos meses más. El "golpe de Estado" que protagonizó la pequeña burguesía contra la clase obrera, posteriormente convirtió al poder dual en Cogobierno MNR-COB.

(47) Estaba sola en sentido de que sus intereses de clase no coincidían con los de las demás. Pero eso no quiere decir que actuara políticamente sola. En realidad, alguna concurrencia obrera hubo al golpe de noviembre de 1964, junto a los militares restauradores. Precisamente porque estaba sola en un sentido fundamental, su dirección deambulaba y permitía que la clase fuera arrastrada hacia intereses que no eran los suyos. En mayo en todos los centros mineros y en octubre de 1965 en Catavi, en junio del año siguiente otra vez en Catavi, el ejército realizó las matanzas. Entonces pudo verse hasta qué punto la clase obrera, en esa coyuntura, carecía de aliados, porque sus "aliados" políticos de noviembre eran los que la masacraban.

(48) Se sabe lo que ocurrió con Torres. El sector de la democracia cristiana revolucionaria (DCR) que no entró a Teoponte participó después en la fundación del MIR. Quiroga Santa Cruz fue la principal figura en la nacionalización del petróleo en tiempo de Ovando. Fundador, después, del Partido Socialista.

(49) En una conferencia de dirigentes mineros realizada en Catavi se resolvió apoyar a los guerrilleros que combatían en ese momento —junio de 1967— en Nancahuazú. La respuesta del ejército fue fulminante y es conocida como la masacre de San Juan.

Los mineros de Teoponte intentaron apoyar de varias maneras a los guerrilleros de 1970, pero no tenían los medios de comunicación para hacerlo.

(50) En la Universidad se reagrupa el movimiento obrero perseguido y en la Universidad se reúnen los campesinos que estaban en disidencia con la Restauración. Eso encuentra su expresión especialmente cuando se discute el Impuesto Predial Rústico, con el que Barrientos quería gravar las tierras entregadas a los campesinos. Entonces se organiza la Confederación Independiente de Campesinos, independiente para diferenciarse de la Confederación oficialista, que seguía rigidamente los cánones de la adhesión campesina al Estado. Los independientes y los colonizadores son los primeros sectores que señalan un nuevo hecho sociológico, de gran importancia hacia adelante, que es la diferenciación interna dentro del campesinado, la lucha de estratos y subclases dentro de un campesinado sometido a condiciones muy variadas.

(51) El pacto militar-campesino fue el fundamento de la Restauración. El sector social que había creado la fijación más intensa con relación a la maquinaria desde la que se le había obligado a existir políticamente, se aliaba aquí concretamente con la zona más intensa del poder del Estado. Hasta qué punto Torres pertenecía a este Estado (el democrático-burgués creado por el 52) lo demuestra su negativa terminante a revisar este pacto. La izquierda, naturalmente, siempre postuló la alianza obrero-campesina.

partido obrero o, si se quiere, la existencia insuficiente y sectaria de los partidos obreros. El MNR no fue jamás el partido de la clase obrera. La clase obrera militó en su seno casi en su totalidad, en determinado momento, pero eso no quería decir que fuera el partido de la clase obrera. No era un partido marxista-leninista ni era el partido de una clase sino la alianza de varias clases bajo la hegemonía ideológica y práctica de la pequeña burguesía. Pero era el partido debajo del cual y en cuyo nombre se produce el ingreso del proletariado a la política, su manifestación superestructural. En este sentido, era el partido al que la clase obrera se refería en aquel momento de su desarrollo.

Cuando el MNR fracasa en su intento de hacer una revolución democrático-burguesa dentro del cuadro de la dominación imperialista, cuando se frustra la expansión económica e institucional que se procura desde dentro del capitalismo dependiente, se produce una pérdida o desgarramiento. La clase obrera deja de tener un punto político de referencia, por lo menos uno que tuviera la eficiencia y la extensión del MNR. En un esfuerzo, que no era consciente, el movimiento de masas intenta reemplazar al partido en el seno del sindicalismo mismo; nadie lo decía pero aquí operaba, en los hechos, cierta oscura convicción de que la diferencia entre sindicato y partido no estaba sino en la amplitud de su propósito, que el partido era como un sindicato más avanzado y que, por consiguiente, el sindicato podría atribuirse históricamente el papel del partido (51B). Pero esto, que operaba en los hechos tanto como se enmudecía a sabiendas en las discusiones, a la vez que acentuó la deformación del proceso, resultó largamente insuficiente. La Asamblea Popular intenta reemplazar ese vacío en la conducción de las masas, aunque otra vez de un modo heterodoxo impuesto por la realidad de la situación. Era como si los soviets hubieran estado compuestos en Rusia mayoritariamente por los sindicatos. Quiere ser el instrumento político del movimiento sindical (52), instrumento todavía sindical en lo básico (porque se funda en la extracción de clase), aunque con la participación de los partidos de la izquierda (que prestan más importancia a la ideología de clase o deberían hacer tal). Pero la Asamblea no tiene tiempo para lograr su propia extensión; apenas si existe lo sufi-

ciente para decir que existe. El preocuparse de su programa y no de su existencia era parte de la inoperancia obligatoria que resultaba de su conformación sindicalista.

La preocupación por que la Asamblea existiera, en lugar de conformarse con que la COB asumiera la representación política de la izquierda, como ocurrió en el 52, demuestra ya hacia dónde iba la conciencia de la izquierda. Estaba claro que Bolivia tenía un poderoso movimiento de masas que, por las modalidades de su desarrollo, intentaba con grandes dificultades crear a posteriori una vanguardia política (por una vía ecléctica, no ortodoxa) casi contrariando el curso normal del crecimiento político, en el que la vanguardia debe crecer junto al movimiento, impulsándolo, corrigiéndolo y siguiéndolo. La prueba de que esta carencia estaba en la conciencia de la izquierda es que la Asamblea existió; la prueba de que no existió en el grado suficiente es que el predominio sindicalista era todavía un requisito estatutario. (53).

Veamos ahora cómo la cuestión de la vanguardia política se vincula con la de la vanguardia armada. Esto era resultado de la seudosoberanía de la Asamblea. Uno se pregunta, en efecto, por qué la Asamblea era inoperante. Lo que debió haber sido un soviét, en efecto, se convirtió en un parlamento exclusivo de la izquierda. Eso era consecuencia de algo mayor: un órgano de poder que depende de otro, no tiene soberanía. Aquí era el ejército el que, a través de las persuasiones de Torres, admitía al órgano del poder obrero. Pues bien, en la medida en que dependía de Torres o que necesitaba de Torres para ser seudosoberana, corría la suerte de Torres. Pero para plantearse sus verdaderos problemas, habría tenido que ser lúcida como sólo puede serlo un partido; si no se pensaba como el partido de los obreros, no se armaba; si no se armaba, tenía que caer con Torres. (54).

Al mismo tiempo que no existía un verdadero poder dual, puesto que el órgano del poder obrero no tenía sino una soberanía pactada, la Asamblea, sin embargo, se presentaba ya como una amenaza inmediata para el ejército. Como es explicable, Torres mostraba un gesto airado cuando la izquier-

(51B) O sea, luchar contra el tradeunionismo convirtiéndolo en unidad política al sindicato mismo. Si esto era avanzar hacia tipos locales de soviét o si era simplemente seguir los requerimientos peligrosos de la realidad, sin compensar su pobreza, es algo que se podría discutir de un modo interminable. Pero el hecho tiene otras caras. En ausencia de un partido obrero que tuviera hegemonía sobre los sindicatos y les diera coherencia, los partidos no ofrecían fuera del sindicato sino la fragmentación y el sectarismo. La vida dentro de un sindicato es diferente. Las tendencias políticas tienen que convivir y operar de consuno por lo menos sindicalmente. Por consiguiente, quizá los sindicatos eran la unidad de una izquierda que no aprendía a unirse fuera de ellos.

(52) Eso es lo que decía el primer párrafo del borrador del estatuto. No llegó a ser aprobado en esos términos exactamente pero es evidente que esta idea estaba presente en todos los documentos básicos de la Asamblea Popular: ésta debía ser el brazo político de la COB, es decir, el instrumento de los sindicatos para actuar en la política.

(53) Siempre en la faena de improvisar un reemplazo para el partido. El problema consiste en averiguar si estamos en la fase de la construcción del partido revolucionario, es decir, si alguno o algunos de los partidos que componen la izquierda crecerán a expensas de los demás merced a una posición triunfante o si la realidad será tan veloz que no permitirá la existencia regular de un partido hegemónico. La posición frentista (el FRA) supone que es peligroso esperar que los hechos permitan la existencia de dicho partido predominante, que ahora no podría ser un proyecto. Pero quizá, acerca de este problema, habría que estudiar el papel del partido político en los procesos revolucionarios de los países atrasados. Quizá la abreviación y la mera semi-existencia del período democrático-burgués no permitan la existencia de partidos en el sentido europeo. Es un tema que se debería estudiar detenidamente.

(54) Esto toca a la presencia de Torres en el Frente organizado después de su caída, que congrega a toda la izquierda. En los hechos, aunque era discutible que la izquierda participara en el esquema de Torres, es, en cambio, importante que la corriente que Torres representa participe en el esquema de la izquierda.

da hablaba de la necesidad de sustituir al ejército, lo cual quería decir destruir al actual ejército, o cuando las clases denunciaron el carácter esencialmente reaccionario del ejército (55). Las instituciones que son reales no temen por su destrucción; pero el ejército es el alma del Estado. Sin el ejército, todos los brazos del poder del Estado no son sino una forma. El aparato represivo del poder dual del 52 fue el pueblo en armas; cuando el poder dual se resolvió por su lado conservador, el ejército reorganizado asumió ese papel. Pues bien, no era el ejército el que temía por su destrucción sino toda la sociedad creada por el 52 la que temía por su destitución. Aquellas expresiones, como es claro, eran provocadoras, pertenecían a la jerga de gentes que no se mueven sino entre esquemas máximos, pero lo eran en una medida mucho menos trascendente de la que se daba a entender. El ejército no se sentía amenazado por un manifiesto o por un voto; se sentía amenazado por la existencia misma del ascenso de las masas. No importaba qué dijera ese movimiento de las masas; el ejército no iba a estar tranquilo hasta que no dejara de existir como un hecho políticamente vigente, como un vértigo desafiante. (56).

El problema consistía en definir dónde radicaba el eje verdadero del poder. Si hemos de creer lo que Torres planteaba, hay que suponer que él creía en la transformación pacífica del ejército, en una mutación apacible desde el ejército que ejecutó a Che Guevara hasta un ejército socio y defensor de la Asamblea Popular. Esto, naturalmente, no tenía nada que ver con una transformación revolucionaria del ejército, en la que Torres habría tenido que dar un "golpe de Estado" dentro del ejército, contra el equipo gorila. Pero Torres tuvo ocasión abundante de ver, así como la Asamblea, que el poder está allá donde están las armas.

La conducta de Torres a la hora de la confrontación es sólo la prolongación de su visión del proceso. Se puede decir de él lo que Lenin de los laboristas ingleses: tenía miedo

de su propia victoria. Sabía, en efecto, que si triunfaba, triunfaba con los militares revolucionarios, como Sánchez, y con las organizaciones armadas de la izquierda. Pero, entonces, ya no triunfaba él, que era el equilibrio entre el poder naciente de las masas y el poder efectivo del ejército. Esto es lo que explica la absoluta falta de voluntad de vencer que demostró. Al fin y al cabo, las propias armas que se repartieron, que fueron tan pocas, se repartieron por debajo de su pronunciada renuencia a hacerlo. Pero dejar las cosas dichas solamente así sería estancarse en la fase del incumplimiento de Torres, sin tener en cuenta que, al fin de cuentas, Torres dio más a la izquierda que lo que la izquierda le dio. En todo caso, agosto demostró que en las revoluciones no hay regalos, que el único poder del que se puede disponer es el que uno mismo conquista con las propias manos, que el ejército, en suma, con militares patriotas o sin ellos, no regalará una revolución al pueblo.

Consecuencia de ello era el papel, todavía indicativo pero ya tan elocuente, que iban a jugar las vanguardias en el momento debido. La Asamblea, se ha dicho, tenía un sentido histórico de primer orden, que era construir un ersatz a lo que el movimiento popular no había tenido nunca, al instrumento político, al partido de la clase obrera. Es, en efecto, casi un apotegma de la política latinoamericana el saber que Bolivia es el caso de un poderoso movimiento popular con sólo una débil vanguardia. La batalla del 21 de agosto demostró algo más: enseñó ya, sin discusiones, el papel de la vanguardia armada. La Asamblea hacía para sustituir una falta en el movimiento de masas y las vanguardias para sustituir una falta en la Asamblea pero ni la Asamblea era del tamaño de la falta del partido ni las vanguardias de la dimensión de la falta de la Asamblea.

Consideremos dos aspectos finales, que son la participación de los servicios norteamericanos y brasileños y los errores en la técnica militar, que fueron una continuación de la correlación de faltas políticas de la izquierda. A decir verdad, ambos aspectos son también complementarios. El éxito de la audacia del enemigo es resultado del fracaso de la propia audacia y, si la izquierda se hubiera habilitado para penetrar ofensivamente en la estructura del aparato militar, los brasileños no habrían podido utilizarlo como plataforma de la operación. En la posición internacional en que se encontraban, difícilmente los norteamericanos habrían podido concebir una ocupación militar directa; pero, en el Brasil, los planes parecen haber ido bastante lejos en esta materia, con relación al Uruguay y a Bolivia. Bethlehem propuso la creación de un protectorado y es verdad que el Brasil abasteció a los insurrectos como para resistir por lo menos un mes en la base de Santa Cruz de la Sierra, proveyó armas y movilizó tropas sobre la frontera. Los conspiradores dispusieron de dinero en una escala que no tenía antecedentes. Pero era discutible que una semicolonía pudiera librar con éxito una guerra colonial, en un territorio desconocido y frente a una población hostil. Ellos mismos estaban conscientes de esta imposibilidad y, a diferencia

(55) Para volver sobre este tema: en el enjuiciamiento al manifiesto de las clases se tiende a considerar sólo su aspecto político inmediato pero se pasa por alto su carácter principal. Este manifiesto, en efecto, demostraba ya hasta qué punto, cuando la lucha de clases existe a plenitud en la sociedad en su conjunto, acaba por insertarse o instalarse aun en las instituciones que quieren ser cerradas. Expresaba la instalación de la lucha de clases en el seno del ejército.

La visión del ejército como unidad institucional, a la que tendía Torres, era una idea tan conservadora como cuando, en la década del 40, se hablaba de unidad nacional como consigna contra la lucha de clases.

(56) O sea que todo ejército, como todo derecho asimismo, son siempre conservadores porque se refieren a un determinado tipo de Estado al que tratan de conservar. Se dirigen a la defensa de un orden que ya existe y no al orden de un Estado que se quiere construir.

Sería totalmente demagógico afirmar, en este sentido, que el presente Estado desaparecerá pero sobrevivirá, en cambio, el ejército. Eso no sería sino una gratuita concesión en los términos. Pero que el ejército sea conservador en su esencia, no quiere decir que lo sean sus oficiales. En determinado momento, el ejército, como todas las instituciones, es un otro escenario de la lucha de clases y, precisamente, los militares revolucionarios son la base del futuro ejército, del que defenderá al nuevo Estado.

de la izquierda, que utilizaba métodos contrapuestos o métodos localmente no comprobados, concentró sus medios en la conspiración clásica, analizando correctamente que Torres le daba el pie para hacerlo. De aquí mismo podría extraerse otra enseñanza, que es la que se refiere al uso adecuado de las costumbres políticas. ¿Por qué el imperialismo se dirige en primer término al proceso electoral en el Uruguay y en primer término a la conspiración militar en Bolivia? No porque hubiera abandonado el esquema de la intervención militar sino porque allá donde el electoralismo es no sólo una formalidad sino una verdadera tradición del cambio político, se intenta primero la alienación electoral. En Bolivia, la costumbre histórica es el cambio político por la vía del golpe militar. El propio 9 de abril fue la transformación de un golpe militar en una insurrección de masas. De hecho, la instauración de una novedad en el cambio político da ciertas ventajas, en cuanto se gana la iniciativa, pero su instalación misma debe presentar ciertas dificultades; es algo incierto no sólo para el que lo intenta sino también para las masas que han de recibir el método. Pero lo correcto sería ampliar y transformar las costumbres políticas sin excluirlas dogmáticamente como una petición de principio. En todo caso, la posición frente a la costumbre política, que es un supuesto histórico, es un problema no resuelto hasta hoy por la izquierda boliviana.

Aun en estas condiciones, el combate del 21 demuestra cuándo la izquierda no puede ser eficaz en una batalla pero también cuándo puede serlo, el grado en que puede serlo, aun en las más desventajosas circunstancias. La historia de las luchas bolivianas tiene como característica la facilidad de la participación popular masiva y agresiva. Eso también ocurrió el 21 pero ahora, por primera vez, con las vanguardias organizadas como cabecillas de la multitud. Por esta vía, las vanguardias enriquecieron a la multitud pero siguiendo su modalidad. Este fue su acierto; su defecto estuvo en que no actuaron como verdaderas vanguardias sino como prolongaciones de la masa combatiente. Sería fácil demostrar cómo, aparte de las causas mediatas esenciales, que eran políticas y hasta sociológicas, la pérdida de este combate tuvo bastante que ver con improvisaciones propiamente técnicas. (59). Las vanguardias (más propiamente el ELN, más masivamente el MIR) demostraron haber preparado a sus hombres sólo para un combate urbano convencional. Proporcionaron tiradores de la mayor calidad y osadía pero no era eso lo que hacía falta; había miles de hombres dispuestos a actuar como tiradores. En cambio, abandonaron casi totalmente el campo de las operaciones especiales. Al final, no había una sola organización ni un piquete del regimiento Colorados que pudieran frenar el avance de los tanques ni construir obstáculos ni cortar el agua y la luz al Cuartel General. El propio Sánchez, después de su magnífico

gesto político, (60) no utilizó la artillería sino al final y esta demora desgastó a los combatientes en el asedio y el asalto a las casamatas de Laicakota; (61) cuando se logró tomar esta posición estratégica entraron en acción los tanques del Tarapacá (62) y entonces se vio que tenía una importancia sólo lateral. Así, puesto que las vanguardias no se habían preparado para las operaciones especiales, aunque se hubiera tomado el Cuartel General, la batalla misma no habría tardado en perderse. En cualquier forma, el elevado número de bajas que sufre el ejército (muchas más que los combatientes populares), su incapacidad de defender las posiciones que se había propuesto, todo el desarrollo de las acciones, demuestran hasta qué punto está lejos de ser invulnerable en la ciudad, hasta qué punto, en determinadas condiciones (como las bolivianas) es falso afirmar que el ejército es absolutamente poderoso en la ciudad pero sólo relativamente superior en el campo.

La batalla expresa la existencia del eje obrero-universitario, porque prácticamente no hay un combatiente que no sea obrero o universitario. Si a eso se suma la concurrencia de los militares revolucionarios, como Sánchez, está probado que la alianza entre los sectores más significativos cualitativamente está lograda. Mientras la derecha demuestra que no controla realmente, como para llegar a un combate, sino al ejército, la izquierda dispone ya de los sectores estratégicos más decisivos de la población. Pero así como el movimiento de masas sin vanguardia política no es sino un grueso espontaneista y la vanguardia política sin vanguardia armada una pura impotencia, si esta alianza cualitativa no consigue un adecuado nivel cuantitativo, tampoco puede triunfar. De aquí, de las enseñanzas que se derivan del ascenso del fascismo en Bolivia, proviene la importancia básica que tiene la construcción del instrumento político (el FRA) (63); por primera vez las vanguardias pueden conectarse orgánicamente con la clase obrera. Pero la lucha por el soporte cuantitativo para la insurrección exige un trabajo político más vasto, dirigido a las clases medias y al campesinado, que este instrumento político debe realizar.

En el intercambio de prejuicios a que se redujo tantas veces la discusión en la izquierda, la Asamblea desdeñó el trabajo militar. La izquierda despreció a la guerra pero el fascismo la venció por medio de la guerra. Las cosas, empero, no deberían suceder en balde.

(60) Véase la nota número 34.

(61) Laicakota, una colina estratégica que domina el Cuartel General y los accesos al barrio en el que está situado. Aquí mismo se combatió el 4 de noviembre de 1964 y es considerada como un punto decisivo topográficamente. El ejército atrajo a esta posición a los combatientes civiles y así los desgastó e inmovilizó.

(62) Grupo móvil de tanques y tanquetas. Entró en acción de inmediato a la heroica toma de Laicakota. Los civiles no se habían preparado para frenar el avance de tanques y aparentemente tampoco el regimiento Colorados.

(63) Frente Revolucionario Antimperialista, integrado por el PCB, PCML, POR(L), POR (G), ELN, MIR, PS, PRIN y Torres y Sánchez en representación de la oficialidad progresista, organizado después del golpe del 21 de agosto.

(59) Desde la mala colocación de los tiradores, el uso tardío de los morteros, la inexistencia de operaciones especiales, la incapacidad para eliminar a los francotiradores hasta la ausencia de un verdadero comando militar.